

HOMILIA

DE S. BASILIO EL GRANDE (*)

EN HONOR DE LOS QUARENTA MARTIRES

DE SEBASTE (1).

CIRION, CANDIDO, DOMNO, MELITON,
 DOMICIANO, EUNOICO, SISINIO, ERACLIO,
 ALEXANDRO, JUAN, CLAUDIO, ATANASIO,
 VALERIANO, ELIANO, ECDICIO, ACACIO,
 BIBIANO, ELIAS, TEODULO, CIRILO, FLAVIO,
 SEVERIANO, VALERIO, CHUDION, SACERDON,
 PRISCO, EUTIQUIO, EUTIQUES, UMERANDO,
 FILOCTIMON, VIVIANO, MICHAL, LISMACO,
 TEOFILO, JANTEAS, AGIAS, LEONCIO,
 ESTILOQUIO, CARO, GORGONIO.

NO es un solo Martir, ni dos, ni diez los que la Iglesia propone hoy dia á nuestra veneracion: son quarenta, que no teniendo todos mas que un alma repartida en diversos cuerpos, dieron las mismas señales de constancia; y conspirando todos en sostener, y defender la Fé de Jesu-Christo, sacrificaron en un mismo dia su vida por ella. Ninguna desigualdad habia entre ellos:

(*) Homil. 20. tom. 1. (1) El dia 9 de Marzo. Año de Jesu-Christo 320, en el imperio de Licinio. Véanse las Notas.

ellos: unos mismos sentimientos, el mismo valor, los mismos combates, la misma gloria, y las mismas coronas. ¿Pero dónde se han de hallar elogios para quarenta victoriosos á un tiempo? ¿Qué eloquencia, por abundante que fuese, podría bastar á tanto? Apenas serian suficientes quarenta lenguas para alabar á quarenta conquistadores de esta clase. Qué digo? Uno solo de estos valerosos hombres, si habia de ser alabado como conviene, agotaría facilmente todo nuestro ingenio, y consumiría el mediano fondo que pudiéramos haber hecho de bellas palabras: ¿pues qué será esta multitud de esforzados, este batallon, á quien ningun enemigo pudo jamás vencer, y que ningun Orador podrá jamás alabar dignamente? No obstante, probemos á hacer un bosquejo de las memorables hazañas de estos ilustres guerreros: traigamos á la memoria sus grandes hechos; y atendamos en esta ocasion mucho menos á nuestra reputacion, que á la utilidad de nuestros oyentes. Dixe que iba á procurar delinear la pintura de las bellas acciones de nuestros quarenta heroes. Porque los Oradores pintan con la lengua, como los Pintores hablan con el pincel; y lo que la pintura presenta á los ojos por medio de los colores, una relacion histórica se lo hace entender al oido por el discurso; pero en fin, Pintores, y Oradores no deben tener otro fin en sus obras, sino excitar en los corazones por la vista, y por el oido el amor á la virtud, y el deseo de imitar las grandes acciones que representan.

sentan. Y así, refiriendoos las de estos quarenta Mártires, nos esforzaremos á inspiraros este deseo; y no dudamos salir con este intento á poca disposicion que hallemos en vuestros corazones. El mas bello elogio que se puede hacer de un Martir, es proponerle por modelo á los que oyen el elogio. En efecto, no se alaba á un Santo, como á un hombre del mundo; y el panegírico es muy diferente de la oracion fúnebre. Para componer esta, el mundo subministra al Orador todos los materiales que necesita; pero ¿cómo se ha de tomar del mundo con que alabar á aquel por quien el mundo está crucificado?

No habian nacido nuestros quarenta Mártires baxo de un mismo clima: muchas Ciudades los reclamaban por sus hijos. ¿Pero de qué sirve hablar aquí del lugar de su nacimiento, si no reconocian patria sobre la tierra? La verdadera de los Mártires es la Ciudad de Dios, que ha construido para ser habitacion de sus escogidos. Esta es la Jerusalem celestial, aquella Ciudad libre, madre de Pablo, y de todos los que, como él, suspiran por la mansion bienaventurada. En la tierra, y segun el curso de la naturaleza, hay diferentes familias: en el cielo, y segun el orden de la gracia, no hay mas que una. Dios es la cabeza, es Padre de todos los Santos, que son todos hermanos por la adopcion del Espíritu Santo, y por la union de una perfecta caridad. Tales fueron nuestros guerreros: todos estaban en la flor de su edad: eran de una estatura ga-

llar-

llarda, de un valor acreditado, y que se habian distinguido por muchas bellas acciones. Como sabian perfectamente hacer la guerra, su mérito, y su valor los habia hecho llegar á los mayores empleos del ejército. Eran conocidos de los Emperadores, que los honraban con su estimacion, y se habian acordado de ellos en la distribucion de los honores militares, y de las recompensas. En el tiempo en que estaban mas florecientes, se publicó un edicto, que prohibía, á qualquiera que fuese, confesar á Jesu-Christo; y que decretaba penas muy severas contra los que rehusasen obedecerle. Entonces fue quando la injusticia, la violencia, y el furor se apoderaron de los tribunales: por todas partes no había sino emboscadas secretas, ó guerra declarada, acusadores públicos, ó enemigos ocultos. Encendíanse hogueras, plantábanse cruces, abríanse hoyos, preparábanse ruedas, azotes, y potros: las espadas, y las hachas hacian brillar en mil diversos lugares su funesto acero. En esta horrible agitacion en que se hallaban los Fieles, unos huían, otros se rendian: muchos estaban inciertos del partido que habian de tomar: otros cedian aun antes del combate: otros se ponian pálidos á vista de los tormentos, y se desalentaban á la entrada: otros combatian al principio con valor; pero se acobardaban despues: abandonaban la victoria, quando no faltaba más que un paso que dar para vencer; y semejantes á aquellas gentes que padecen naufragio, arrojaban á la

la mar, para salvar su vida, el fruto de sus sudores, y sus largas tareas.

Habiendo hecho ver este edicto al Exército el Presidente Agrícola, y exhortando á cada uno á sujetarse á él, estos hombres valerosos, sin asustarse del peligro á que se iban á exponer, se adelantaron con intrepidez, y con una voz constante confesaron á Jesu-Christo. ¡O dichas lenguas, que pronunciasteis tan santo nombre! El ayre que le recibió, fue consagrado: los Angeles que le oyeron, correspondieron con sus aplausos: los demonios fueron heridos como con un dardo de fuego; y el Señor lo escribió en lo mas alto del cielo. Ved aquí, pues, á nuestros quarenta Oficiales, que uno despues de otro se avanzan hácia el tribunal, diciendo: Yo soy Christiano. De este modo se vé á los Atletas en un dia de espectáculo hacerse poner en la lista de los combatientes, con esta diferencia, que estos dexando sus nombres de familia, se hicieron registrar baxo el del Salvador; de suerte que todos los quarenta no tomaron sino un mismo nombre. No decian ellos: Yo me llamo fulano, ó zutano; sino me llamo Christiano. Quedóse por algun tiempo el Presidente en la incertidumbre de si emplearía las amenazas, ó los alhagos: determinóse en fin á valerse primero de estos. ¿Qué haceis, hijos míos, les dice, y por qué habeis de perder así tantos bellos años como los Dioses os prometen? ¿Por qué habeis de poner fin por una muerte anticipada á una vida dulce, y que una

una floreciente juventud os debe hacer tan amable? ¿Es posible que unas gentes tan valerosas como vosotros, se han de resolver á morir como unos reos! Ofreciósles despues dinero, y á mas de eso les hacía esperar que obtendría para ellos del Emperador dignidades, y grados: en una palabra, valiósse de mil suertes de astucias: diólas mil rodeos, para procurar vencerlos, y hacerlos consentir en lo que deseaba. Pero quando vió que todo esto no servía de nada, que todas estas bellas promesas, que estas ofertas tan brillantes, y tan ventajosas en la apariencia, no habían podido alterarles, tentó otro medio. Púsoles delante los suplicios mas crueles: llenóles la imaginacion de llagas, de sangre, y de muertes. Este espectáculo, capaz de infundir terror en las almas mas intrépidas, no hizo efecto alguno sobre las de nuestros soldados: “¿Qué pretendeis con todas esas
„ ofertas, ó enemigo de Dios? le dixerón al Pre-
„ sidente. ¿Os parece que podreis con vuestros
„ presentes obligarnos á abandonar el culto de
„ Dios vivo por el de vuestros malos demonios?
„ Para eso sería necesario persuadirnos que lo
„ que nos ofreceis vale tanto como lo que nos
„ quereis hacer perder. No queremos vuestras dá-
„ divas, que no nos pueden causar sino un evi-
„ dente daño: rehusamos vuestros honores, que
„ no podrán hacer otra cosa que anegarnos en
„ un abismo de ignominia. Dadnos riquezas que
„ sean eternas, y una gloria que no pase jamás.
„ Nos prometeis el favor del Emperador, y quereis
„ Tom.III. L „ ha-

„ hacernos perder del de Dios. Nos ponderais no
 „ sé qué ventajas, que el mundo os sugiere; pero
 „ ignorais que nosotros despreciamos el mundo
 „ entero. Sabed que todo quanto está sujeto á
 „ los sentidos, que todo quanto hermoso se ofre-
 „ ce á la vista, todo quanto presenta al espíritu
 „ de raro, y admirable; todo esto no llegará
 „ jamás á lo que la esperanza nos hace solamente
 „ alcanzar, y ver. Veis ese cielo: no hay cosa
 „ mas digna de nuestra atención: ninguna cosa
 „ tiene mas de verdadera grandeza: esto es ver-
 „ dad. Y la tierra, ó qué vasta estension! quán-
 „ tas maravillas no encierra en su seno! Y con
 „ todo eso, la posesion de todo esto no iguala, ni
 „ puede igualar á la felicidad que Dios prepara
 „ á los justos; porque en fin, la tierra, y el cie-
 „ lo pasarán; y esta felicidad no pasará jamás,
 „ será eterna. Y así, si no por el goce de esta fe-
 „ licidad, no podemos nosotros concebir alguna
 „ ambicion: solo por este único bien es por el
 „ que sentimos ardor: sola esta gloria es por la
 „ que suspiramos. Deseamos ser felices, y teme-
 „ mos mucho el ser desgraciados. El fuego del
 „ infierno nos dá miedo; que ese con que nos ame-
 „ nazais, lexos de amedrentarnos, él mismo nos
 „ teme: él está tan sumiso á Dios como nosotros;
 „ y no se atreve á tocar á los que, como noso-
 „ tros, desprecian los Idolos. ¿Quereis que os di-
 „ gamos lo que sentimos de vuestros tormentos?
 „ Pues sabed claramente que no son sino unas le-
 „ ves arañaduras hechas por la mano de un niño.
 „ Bien

„ Bien podeis, á la verdad, hacer un poco de
 „ daño á nuestros cuerpos. Y si resisten largo
 „ tiempo, tanto mejor para nosotros: nuestra co-
 „ rona será mas hermosa; y si por el contrario
 „ muere al impulso de vuestros primeros golpes,
 „ aun mucho mejor, que nos veremós antes libres
 „ de vuestras manos. Y en fin, ¿no es una cosa
 „ insufrible el ver que querais estender vuestro
 „ poder hasta sobre las almas; y que no os en-
 „ furezcais precisamente sino porque obedecemos
 „ antes á las órdenes de Dios, que á las vuestras?
 „ Esta preferencia os choca, os ofendeis de ella,
 „ como de una injuria hecha á vuestra autoridad:
 „ nosotros somos reos, porque tenemos religion; y
 „ la fidelidad que guardamos á nuestro Dios, me-
 „ rece los últimos suplicios. No amamos nosotros
 „ demasiado la vida, ni tememos tanto la muerte,
 „ para que el deseo de la una, y el temor de la
 „ otra, nos hagan condescender con vuestro gus-
 „ to. Y en fin, para que lo sepais, estamos pron-
 „ tos á sufrir vuestras ruedas, vuestros potros, y
 „ vuestras hogueras por la Fé que profesamos, y
 „ por el amor del Dios á quien solamente debe-
 „ mos dar adoracion.

La libertad de este discurso excitó en el áni-
 mo del Presidente un furor, que el orgullo, y la
 crueldad, que eran ya su carácter, hacían aun
 mas violento. No delibera mas si debe hacer mor-
 rir á estos generosos Christianos; sino de qué
 muerte, y en qué suplicio los ha de hacer aca-
 bar. No se contenta con un castigo ordinario, ni
 L 2 con

con una muerte comun: quiere alguna cosa extraordinaria. Ved aquí lo que inventó. Estaban entonces en lo mas fuerte del invierno; y ya se sabe que la Armenia es un país sumamente frio (1) en esta estacion. Eligió el Presidente para su intento una noche que el frio era excesivo, á causa de un viento cierzo, que soplabá con violencia: mandó que los Santos fuesen conducidos á un estanque; y que del todo desnudos, se quedasen allí expuestos al temporal. Los que han experimentado alguna vez el rigor de un frio agudo, y cruel, se imaginarán facilmente lo grande de semejante suplicio. Al principio el cuerpo se sobrecoge, la sangre se hiela, y una palidez cárdena se apodera de toda la superficie de la carne. Despues se eriza, los dientes pegan unos contra otros, las venas se retiran, y el cuerpo se encoge: en fin, insinúase por todas partes un dolor agudo, penetra hasta los tuétanos, y causa mortales convulsiones. Entonces las extremidades del cuerpo se separan, y los miembros se caen á pedazos; porque retirándose el calor natural de las partes exteriores hácia las partes nobles, é internas, es necesario indispensablemente que así abandonadas de este calor, que conserva la vida, mueran al instante; pero al mismo tiempo no pudiendo aquellas á que se retiró el calor, aguantar el aumento, se sufocan, y ahogan.

Lle-

(1) S. Crisóstomo se queja de ello en sus cartas quarta, y sexta á Olimpiada.

Llevaron, pues, á los Santos á un estanque, que no dista mucho de la Ciudad. El hielo estaba en él mas duro que el marmol, y tan impenetrable como un peñasco; pero tan grueso, que las gentes de á pie, y aun los mismos caballos, andaban por encima como en tierra firme; de suerte que caminaba por él el público con total seguridad. El cierzo con su soplo mataba todos los pájaros, y á las demás bestias del campo, que se atrevian á acercarse. ¿Pues cuál sería el valor de nuestros Mártires, quando puestos los ojos sobre esta terrible cama á que la crueldad del tirano los sentenció para pasar la noche, entraron con alegría, quitándose sus vestidos, y avanzándose atrevidamente hácia la muerte que los aguardaba, y aun exhortándose los unos á los otros, no á morir, sino á conseguir la victoria? Nosotros, dixeron ellos, no nos despojamos de nuestros vestidos, sino del hombre viejo, que corrompen el error, y los malos deseos. Seais bendito, Señor, de que dexemos el pecado, dexando este vergonzoso vestido, y la señal de la culpa de nuestro primer padre. La serpiente fue causa de que lo tomásemos en el paraíso; pero fuimos al mismo tiempo echados; y hoy dia Jesu-Christo nos los quita para hacernos volver á entrar en el paraíso celestial. Nos despojan por amor de nuestro Dios; y nuestro Dios fue tambien despojado por amor de nosotros. Si el Señor sufrió esta pena, ¿será mucho que la sufra el esclavo? A lo menos tenemos este

Tom. III.

L 3

con-

consuelo, que nuestras manos no han servido de despojar al Salvador: este sacrilegio fue delito de los soldados Romanos. El tiempo es cruel, es verdad: el invierno se dexa sentir con toda su violencia; pero ya gozaremos en el cielo de una eterna primavera. Abraan nos refocilará en su seno. Es preciso que el hielo desprenda nuestros pies de nuestros cuerpos, para que nos hagan en el cielo inmortales: conviene que la intemperie haga caer nuestras manos, para poderlas levantar hácia Dios. ¿A cuántos de nuestros compañeros hemos visto perecer en los diversos combates en que nos hemos hallado? Ellos daban su vida por el servicio de un hombre; y nosotros tenemos la dicha de sacrificar la nuestra por los intereses de un Dios. ¿Pero cuántos facinerosos, cuántos infames salteadores han sufrido la muerte por sus delitos, y no la hemos de sufrir nosotros por la justicia? Amados compañeros, no nos acobardemos: no tenga en nosotros parte alguna el demonio. Aquí no se trata sino de nuestro cuerpo: no le perdonemos. Y en fin, puesto que no vivimos sino para morir, muéramos para vivir en la eternidad. Dignaos, Señor, honrar nuestro sacrificio con vuestra vista: recibidnos como otras tantas víctimas vivas, que os sacrificamos con nuestras propias manos. Sacrificio nuevo, nuevo holocausto, que el frio destruye, y acaba. De esta suerte se animaban nuestros Santos Mártires á sufrir constantemente, dando cada uno,

digamoslo así, y recibiendo la orden mutuamente unos de otros: pasaban aquella terrible noche como si estuvieran en el Vivac. Sufrian con paciencia lo presente, regocijábanse de lo futuro, y se burlaban de los vanos esfuerzos de su enemigo, haciendo esta oracion: Nosotros hemos entrado quarenta en la carrera: dignaos, Señor, de coronarnos á todos: no haya ni uno que no reciba el premio. Vos, Señor, consagrasteis por vuestro ayuno este número quadragenario: despues de otro igual espacio de dias fue Moysés juzgado digno de promulgar en el mundo vuestra Ley; y el Profeta Elías mereció veros pasada otra tanta temporada. De este modo oraban nuestros quarenta Mártires; pero tuvieron el dolor de ver á uno de ellos abandonar su puesto, y desertar vergonzosamente. No obstante, la oracion de todos los demás no dexó de tener su efecto, y Dios enteramente lo concedió. Mandó el Gobernador á un soldado que se quedase allí para guardar á los quarenta Mártires. El gran frio que hacía, le obligó á entrarse en el quartel, que estaba cerca del estanque, acogándose allí como pudo, al abrigo de la inclemencia del ayre. Tenía tambien orden de ver si alguno de los quarenta quería mudar de intencion; porque para este caso tenía allí un baño preparado, en que refocilar á los que desmayáran de voluntad. La disposicion era admirable para hacer apóstatas; y era este un rasgo de la grande astucia del Gobernador, sabiendo escoger tambien

el lugar del combate, que los pacientes precisados á rendirse, pudiesen hallar un socorro contra la muerte al instante. Sin duda era esto para hacer titubear su constancia; y esto fue lo que hizo mas recomendable la de los Mártires. Este soldado, pues, que observaba con cuidado desde el lugar á que se había refugiado todo quanto pasaba en el estanque, como que debía dar cuenta de ello al Gobernador, alcanzó á ver unos Angeles, que baxaban del cielo con las manos cargadas de coronas, y de presentes, que distribuían á los Mártires, á excepcion de uno solo. Este era aquel que cediendo al frio en el mismo momento una funesta victoria, y dando un triste exemplo de inconstancia, y de flaqueza, dexaba el partido de Jesu-Christo por pasarse al de su enemigo. ¡O deplorable condicion del hombre! Un Soldado, que hasta entonces había pasado por valiente, abandona con cobardía á su General, y á sus compañeros: desmáyase, déxase engañar; y lo que es mas lamentable, este infeliz desertor, perdiendo el cielo, gozó la tierra poco mas de nada. Porque apenas entró en el baño, quando llegando el agua caliente á laxar sus miembros, que el frio tenía todavía un poco encogidos, al punto espiró. De este modo aquel infeliz, que por conservar un momento de vida no temió cometer tal delito, no sacó otro provecho, ni otra ventaja. Quien se utilizó de ella fue el guarda del Gobernador, que viendo salir del estanque á este miserable, y correr al baño, al punto tomó su puesto;

y

y quitándose sus vestidos, se juntó á los otros treinta y nueve, diciendo con ellos: Yo soy Cristiano. Una mudanza tan repentina llenó al principio de pasmo á nuestros Mártires, y despues de alegría, y de consuelo, quando vieron la pérdida que acababan de hacer, tan felizmente reparada. A la manera que en una batalla, quando un cuerpo que hace frente al enemigo, se halla clareado por la caída de algunos soldados, se tiene cuidado de llenar al punto estos vacíos, porque los contrarios no penetren por allí, como por otras tantas brechas hasta el centro del exercito. En fin, este dichoso soldado vió un milagro, conoció la verdad, acudió á Dios, y fue puesto en el número de los Mártires. De este modo tomó tambien Matías el lugar del traydor Judas; y Pablo, que ayer era un perseguidor, hoy es un Apostol. Provieniendo la vocacion de nuestro Soldado, como la del Doctor de las Gentes, directamente de Dios, y no de los hombres, cree en Jesu-Christo, es bautizado, no por un Ministro de la Iglesia, sino por la Fé sola: no en el agua, sino en su propia sangre.

En esto amaneció el dia siguiente; y como aún se les hallase con algo de vida, se les echó á todos en una hoguera, para ser consumidos, y sus cenizas mezcladas con las aguas; de suerte que todos los elementos contribuyeron á su martirio. Primeramente padecieron diversos tormentos sobre la tierra: despues fueron expuestos á un ayre helado: luego arrojados á una hoguera; y en

en fin, echados en un rio. Con mucha razon podian decir (1): Hemos pasado por el fuego, y por el agua, y nos habeis puesto despues en un lugar de refrigerio. Estos dichosos soldados son los que, haciendo guardia dia, y noche en esta Provincia, son como otras tantas torres, que detienen el curso á nuestros enemigos. Sus santas reliquias no todas fueron abandonadas á la corriente del agua: la mayor parte de este tesoro se quedó en la tierra, no en un solo lugar, sino esparcida en diversos lugares, y participando de ella muchas Iglesias. ¡Cosa admirable! Todos ellos están en cada lugar: ni aun despues de su muerte se han separado. La porcion que nosotros hemos obtenido, es un beneficio del cielo: para nosotros es una fuente perpetua de gracias: para los Christianos es siempre un pronto socorro, que esta numerosa asamblea de Mártires, que este ejército victorioso, y triunfante, que este coro de Santos une al de los Angeles para alabar á Dios. Yo os he visto muchas veces afanados por hallar en el cielo algun Santo, que quisiese hacerse nuestro intercesor para con Dios, y teneis quarenta; que todos ellos no tienen sino una misma voz para pedir las gracias que os son necesarias. En qualquier lugar que se juntaren dos, ó tres personas en el nombre del Señor, el Señor está en medio de ellas: ¿pues quién puede dudar que no esté presente en medio de

(2) *Psalm 65.*

quarenta? Y así, qualquiera que se halle en afliccion, y recurra á ellos, al punto harán cesar sus penas. ¿Está alguno en la alegría? Acuda á nuestros Santos, que ellos saben dar duracion á la prosperidad. Una madre ofrece sus votos por su hijo: una muger le vá á pedir la vuelta de su marido, que está ausente: otra implora su socorro en la enfermedad del suyo. Pues vamos tambien nosotros á ofrecerles nuestras oraciones. Tómenlos los jóvenes por modelos de su conducta: ellos tambien lo eran. Los padres deseen tener hijos que los imiten; pues ellos han sido la dicha de sus padres; pero arreglen las madres su ternura al exemplo que vamos á proponerlas, y es el de la madre de uno de nuestros quarenta Mártires. Esta admirable muger vió que habian cargado en un carro los cuerpos de estos Santos para llevarlos á una hoguera, en donde debian ser quemados; y que dexaban allí á su hijo, que todavía respiraba, habiendo resistido por mas tiempo que los otros á la violencia del frio; porque siempre tenian esperanzas que mientras viviese, podía mudar de religion. Tomóle entre sus brazos, y con sus propias manos le puso en el carro sobre los cuerpos de sus compañeros: no se detuvo á derramar lágrimas: no deshonoró la victoria de su hijo con sus llantos. Anda, hijo mio, le dice, acaba gloriosamente con tus compañeros la carrera que tan generosamente con ellos has comenzado. ¡Ah, hijo mio! Yo no temo mas que una cosa; y es, que lle-

llegues mas tarde que los otros á la presencia del Señor. ¡O madre, digna de tal hijo! ¡O hijo, digno de tal madre! Dichoso hijo en haber tenido una madre que le haya hecho mamar la piedad con la leche: dichosa madre, por haber tenido un hijo, que tan bien haya correspondido á la santa educacion que le habeis dado. Avergonzado el demonio de su derrota, se retiró á lo mas profundo de su morada infernal. Bramaba de rabia al ver todas sus máquinas desarmadas por la constancia, y la fidelidad de nuestros Mártires. En efecto, había dispuesto tan bien todas sus cosas, que parecía que no podían dexar de salirle sus designios. El tiempo, el lugar, las personas, el horror de una noche de invierno, la estacion mas fria, y mas incómoda del año, un clima de escarchas, y de hielos, todos los vientos del Norte dueños del ayre: en una palabra, toda la naturaleza á su discrecion. ¡O sagrada tropa! Santa brigada, batallon invencible, gloriosa compañía de Mártires. ¡O constantes, y fieles guardias del Género Humano, caritativos asociados á nuestras miserias, diputados de la naturaleza humana para con Dios, poderosos intercesores por los Christianos, astros del mundo, flores de la Iglesia! Flores digo, sí, flores angélicas, flores que brillais entre todos los astros.

Mártires dignos de las alabanzas de todos los siglos: las puertas del paraíso se os abrieron, los Angeles, los Profetas, los Patriarcas, todos los Santos acudieron de todas partes del cielo para ser

ser espectadores de la triunfante entrada que hicisteis en él. ¡Qué espectáculo tan agradable, y digno de todos los bienaventurados! Quarenta jóvenes guerreros, en la flor de su edad, iguales en mérito, en valor, en reputacion, desprecian la vida, aman á Dios mas que á sus padres, hijos, mugeres, y parientes, le glorifican en sus cuerpos, y en el místico de su Iglesia, se erigen un trofeo de los despojos del infierno, y Jesu-Christo los corona de su mano.

MARTIRIO DE S. ARCADIO⁽¹⁾.

*Sacado del libro de los Combates de los Mártires,
y de un Sermon atribuido á S. Zenon
de Verona.*

ESparciase el furor de los tiranos con una extrema violencia por toda la Acaya: el demonio, para favorecer su empresa, hizo tomar las armas á sus soldados, que como otros tantos lobos rapaces, se arrojaban sobre el rebaño de Jesu-Christo, y hacian una sangrienta guerra á todos los que adoraban al verdadero Dios. A la menor sospecha se embocaban en las casas, se emprendía una pesquisa rigurosa; y quando se encontraban algunos Christianos, el odio que les

(1) No se sabe el año; el dia fue el 12 de Enero.